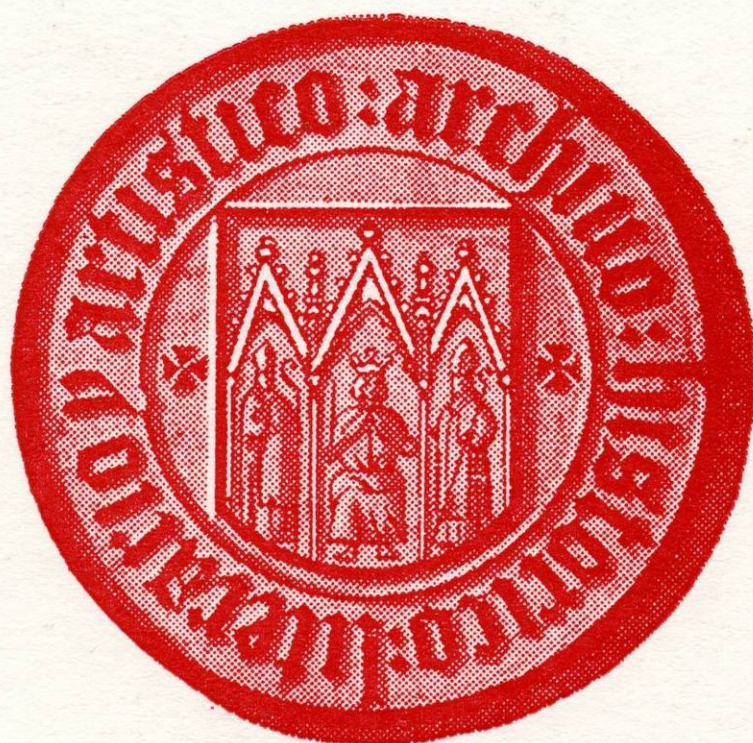


ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1980

Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE SEVILLA
Director: ANTONIA HERRERA



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
RESERVADO LOS DERECHOS

HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA



TOMO LXIII
NUM. 192



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE SEVILLA

Director: ANTONIA HEREDIA HERRERA

ARCHIVO HISPANSE

REVISTA

RESERVADO LOS DERECHOS

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTISTICA

ARCHIVO HISPALENSE

Número 192

REVISTA
A

1980

HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA

PUBLICACION CUATRIMESTRAL

Página

MANUEL DEL VALLE ARÉVALO, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

AMPARO RUBIALES TORREJÓN



2.º EPOCA

AÑO 1980

TOMO LXIII

NUM 192

191

223

239

255

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO 3
SEVILLA (España)

SEVILLA, 1980

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTORICA, LITERARIA Y ARTISTICA

2.ª EPOCA

1980	ENERO - ABRIL	Número 192
------	---------------	------------

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

CONSEJO DE REDACCION:

MANUEL DEL VALLE ARÉVALO, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

AMPARO RUBIALES TORREJÓN

NARCISO LÓPEZ DE TEJADA LÓPEZ

FRANCISCO MORALES PADRÓN

PEDRO PIÑERO RAMÍREZ

OCTAVIO GIL MUNILLA

ROGELIO REYES CANO

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

ESTEBAN TORRE SERRANO

MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

FRANCISCO DÍAZ VELÁZQUEZ

ANT.º COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ

ANTONIO RODRÍGUEZ ALMODÓVAR

JOSÉ M.ª DE LA PEÑA CÁMARA

ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ

VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO

BARTOLOMÉ CLAVERO SALVADOR

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

MIGUEL RODRÍGUEZ PIÑERO

JOSÉ A. GARCÍA RUIZ

GUILLERMO JIMÉNEZ SÁNCHEZ

SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN:

CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 3
APARTADO DE CORREOS, 25 - TELÉFONO 22 28 70 - SEVILLA (ESPAÑA)

HERRERA GARCIA, Antonio.—San Juan de Aznalfarache.
A propósito de un libro de Daniel Pineda Novo ... 203
PIÑERO RAMÍREZ, Pedro.—Algunas consideraciones sobre
la biblioteca del Dr. Constantino ... 301

SUMARIO

Temas sevillanos en la prensa local (septiembre-diciembre 1979)
REAL, José Joaquín ... 315

Página

ARTÍCULOS

- ALVAREZ PANTOJA, María José.—*La vida cotidiana de una ciudad provincial (Sevilla 1814 - 1820)* ... 9
- BRAJOS GARRIDO, Alfonso.—*El Semanario de Agricultura y Artes (1832-1833), un periódico fisiócrata en la Sevilla de fines del Antiguo Régimen* ... 67
- BALLESTEROS SASTRE, Fátima; CAMACHO RUEDA, Eduardo.—*Análisis de un modelo de comportamiento demográfico. Huévar 1700 - 1900* ... 107
- GOZALBES CRAVIOTO, Carlos.—*Andalucía y el contrabando de armas con Marruecos en el siglo XVI* ... 177
- WAGNER, Klaus.—*Los autores franciscanos de la desaparecida biblioteca del Convento de San Francisco de Sevilla* ... 191
- URRUTIA, Jorge.—*Sobre el género, la autoría y el léxico de la "Relación de la cárcel de Sevilla"* ... 223
- SUAREZ GARMENDIA, José Manuel.—*La formación de plazas en Sevilla a mediados del siglo XIX* ... 239
- COMEZ RAMOS, Rafael.—*El árbol de la vida del monasterio de San Isidoro del Campo* ... 255
- HERNANDEZ GUERRERO, José Antonio.—*Estructura simbólica de "El muro levantado" de Vicente Carrasco* ... 273

HERRERA GARCIA, Antonio.— <i>San Juan de Aznalfarache. A propósito de un libro de Daniel Pineda Novo ...</i>	293
PIÑERO RAMIREZ, Pedro.— <i>Algunas consideraciones sobre la biblioteca del Dr. Constantino ...</i>	301

hóico de "El mundo representado" de Vicente Carrasco 273

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA BIBLIOTECA DEL DR. CONSTANTINO

El Prof. Klaus Wagner, que hace tiempo viene investigando en el Archivo de Protocolos de Sevilla con resultados excelentes, ha publicado un libro con el sugestivo título de *Constantino Ponce de la Fuente, el hombre y su biblioteca* (1), en el que da a conocer, con acertadas apreciaciones críticas, la rica biblioteca de este controvertido heterodoxo del llamado, sin demasiada propiedad —a mi modo de ver—, foco luterano o protestante de la Sevilla del siglo XVI. Los dos primeros capítulos o apartados del libro sirven de introducción al que podemos considerar el grueso del trabajo, el inventario de la biblioteca de Constantino con la identificación, en muchos de los casos, de la obra en cuestión, siempre muy someramente anotada por los escribanos. En el primer capítulo da noticias pormenorizadas del acta notarial del secuestro de bienes del magistral hispalense, cuando estos fueron incautados por la Inquisición, el año 1558, fecha en que empieza el desmantelamiento sistemático de este foco heterodoxo por el tribunal del Santo Oficio, después de los primeros intentos del año 1552, en que fue encausado Juan Gil, *Egidio*, y adjuró de sus errores. Pero ya desde entonces la suerte estaba irreversiblemente echada para aquellos hombres. Así, la nueva espiritualidad del humanismo cristiano, sembrada en Sevilla a comienzos de 1550, fue truncada. Los autos de fe de 1559-1562, por cierto sangrientos, como no podía ser menos por las causas imputadas, son el final del intento renovador “luterano” de aquel grupo de predicadores hispalenses. Del

(1) Klaus Wagner, *El doctor Constantino Ponce de la Fuente. El hombre y su biblioteca*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1979 (Sec. Literatura, serie 1.ª, n. 9), 127 págs.

Dr. Constantino, que murió en la cárcel inquisitorial, fueron quemados sus huesos y estatua —lo mismo que su compañero *Egidio*— en el auto de fe celebrado el 22 de diciembre de 1560 en la Plaza de San Francisco.

La parte más importante y extensa de este inventario la forman los 898 asientos de libros que poseía el día que la Inquisición se hizo dueña de sus bienes. El inventario de las ropas, muebles y demás efectos del canónigo sevillano está recogido en el apéndice I de este libro (pág. 115-119) y demuestran que Constantino, dentro de su austeridad clerical, era un hombre holgadamente acomodado, que poseía no pocos utensilios de plata, y algunos de oro, varios relojes, “vn libro de astrología encuadernado” y “tres mapa mundi”, que nos descubren las presuntas aficiones por la astrología de su dueño.

La primera gran dificultad con que se encuentra el autor es la identificación bibliográfica de las piezas asentadas por los escribanos que llevaron a cabo dicho inventario, que, como ocurre en la inmensa mayoría de los casos, está hecho precipitadamente y de modo sumario por las razones que se explican en las páginas 16-20 del libro, y que, en resumen, son la precipitación, la rutina y el desinterés de estos oficiales, cuando no su poca cultura. Sólo en tres ocasiones los escribanos se salen de la rutina indicando los datos tipográficos exactos del lugar, impresor y año de la impresión” (pág. 17). A pesar de estas dificultades, que los investigadores de este campo conocen tan bien, muchos de estos títulos han sido identificados, y no pocos con los datos bibliográficos completos. Aquí hay que reseñar que el Prof. Wagner no ha hecho nunca concesiones a hipótesis gratuitas o débilmente asentadas, prefiriendo, con buen criterio, en estos casos dudosos no aventurar títulos ni datos.

El capítulo segundo, más extenso, contiene una semblanza escueta, pero precisa, del hombre a través de la biblioteca que poseyó. Constantino tuvo recursos económicos más que suficientes, como hemos dicho, y el Prof. Wagner indica los lugares donde pudo adquirir los libros que poblaron los anaqueles de su envidiable librería. Analiza, a continuación, los fondos de esta biblioteca, asunto del que nos ocupamos más adelante y que, junto con el inventario en sí, han motivado estas líneas que escribo.

El inventario, con sus 898 asientos, se ordena en el largo apartado tercero (págs. 43-103), base del libro. El cuarto contie-

ne un útil índice de autores y obras (págs. 105-114); y en el quinto, dedicado a los apéndices, se transcriben varios documentos importantes sobre Constantino: el primero es el inventario de sus ropas y enseres, al que nos referimos más arriba; el segundo y tercero son documentos notariales, dos poderes otorgados por el canónigo, y el último es la interesante "Relación desconocida del auto de fe celebrado el 22 de diciembre de 1560" "en que salieron quarenta y nueve personas de los quales quemaron quinze, en que fueron nueve mugeres y seys onbres, y la estatua del doctor Juan Pérez de Pineda, absente, y los huesos y estatuas de los doctores Juan Egidio y oConstantino de la Fuente, canónigos que fueron de la Sancta Iglesia desta ciudad. Y quemaron quatro ombres biuos que estuvieron rebeldes e no quisieron conbertir, y entre las mugeres que quemaron [hubo] vna monja del monasterio de Santa Ysabel desta ciudad" (pág. 120). Una bibliografía y tres reproducciones del inventario en láminas cierran este libro.

A partir de los *Heteroxos españoles*, de don Marcelino, libro bien documentado para su tiempo, pero apasionado y con frecuencia partidista, las preocupaciones sobre la espiritualidad española han tomado la curva ascendente en el interés de los estudiosos y, claro es, se ha ido precisando el foco de heterodoxos sevillanos de mediados del siglo XVI. En este sentido, Marcel Bataillon dedicó páginas esclarecedoras a este movimiento en su magistral *Erasmus y España*, obligado punto de partida para cualquier estudio serio sobre la espiritualidad española de los Siglos de Oro. Desde entonces se viene conociendo mejor en qué consiste este foco de espiritualidad sevillano, quiénes eran sus mentores, de dónde procedía realmente el espíritu de este humanismo cristiano y qué eco encontró en la ciudad y su región.

El libro de Klaus Wagner es, a nuestro parecer, una pieza notable en la construcción de este mosaico histórico-crítico del movimiento heterodoxo hispalense. Y por otro lado, al margen de este aspecto, esta obra se suma a las pocas que sobre bibliotecas de los Siglos de Oro se han publicado, contribuyendo a establecer el mapa de las lecturas y lectores de esa época, recientemente delineado con acierto por el Prof. Maxime Chevalier (2).

(2) Maxime Chevalier, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Madrid, 1976.

Lo primero que hay que destacar es que la biblioteca que nos ocupa no es un caso único, un hallazgo suelto de Klaus Wagner, pues desde hace años se ocupa de esta clase de investigaciones y, en este sentido, ha descubierto, estudiado y publicado otros inventarios de bibliotecas de algunos de los hombres principales que soportaron la mayor parte de la responsabilidad de aquel grupo considerado heterodoxo por la más estricta ortodoxia. Me refiero a las librerías del doctor Francisco de Vargas, de los maestros Gil de Fuentes y Alonso de Escobar, Gaspar Baptista Vilar y del inquisidor Andrés Gasco (3), que vivieron y protagonizaron los acontecimientos resonantes de la historia religiosa sevillana de aquellos años. ¡Lástima que los afanes del Dr. Wagner no hayan sido premiados todavía con el descubrimiento del inventario de los libros de *Egidio*! Tendríamos así completo el cuadro de las lecturas de los tres hombres clave de este importante foco.

La obra de Bataillon y estudios más recientes, como los de Alvaro Huerga (4), entre otros, han puesto en su preciso lugar y han calificado convincentemente el movimiento espiritual que nos ocupa: se trata de un foco importante del nuevo humanismo cristiano que arranca, sobre todo, de Erasmo, y que tuvo su base difusoria en la recién fundada Universidad Complutense, en la labor humanista y reformista de Cisneros y en el inquieto mundo intelectual alcalaíno. No es gratuita casualidad, como estos estudiosos han destacado, que *Egidio*, Constantino y Vargas procedan de esta Universidad y en ella se hayan formado, y tampoco es mero azar histórico que el arzobispo Diego de Deza, conocido competidor de Cisneros, fundara en Sevilla, en 1517, su Colegio de San Pablo con el claro propósito de contrarrestar con la formación de religiosos, sobre todo los dominicos, de la más pura y vigilada ortodoxia, la labor, como mínimo sospechosa, de estos humanistas que, procedentes de las aulas com-

(3) Klaus Wagner, "La biblioteca del Dr. Francisco de Vargas, compañero de Egidio y Constantino", *Bulletin Hispanique*, LXXVIII (1976), págs. 313-324; "Los maestros Gil de Fuentes y Alonso de Escobar y el círculo de "luteranos" de Sevilla", *Hispania Sacra*, XXVIII (1975), págs. 239-247; "Lecturas y otras aficiones del inquisidor Andrés Gasco († 1566)", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, y "Gaspar Baptista Vilar, "hereje luterano", amigo de Constantino y de Egidio", *Archivo Hispalense*, LXI, n. 187 (1978), págs. 107-118.

(4) Véase, por ejemplo, su estudio preliminar "Agustín de Esbarroya y la espiritualidad sevillana en torno al 1550" (págs. 31-191) en Agustín de Esbarroya, *Purificador de la conciencia*, Madrid, 1973.

plutenses, empezaban a llegar a la ciudad y a ocupar los puestos en el cabildo catedralicio hispalense.

El doctor Constantino Ponce de la Fuente, a nadie se le oculta, fue el más notable difusor de este nuevo espíritu cristiano por medio de la predicación en la que parece no tenía rival, y de las publicaciones de catecismos y obras religiosas en castellano (5) para aleccionar a sus numerosos seguidores.

La relación de los libros de Constantino, estudiada por Wagner, llama la atención, en primer lugar, por la riqueza de su número: con sus 898 títulos se sitúa entre las primeras y más ricas de las bibliotecas particulares, hasta ahora estudiadas, de los siglos XVI y XVII (6); y sobresale, muy por encima, de las de sus compañeros el Dr. Vargas, con 73 libros, y las de Gil de Fuentes y su sobrino Alonso de Escobar, que suman la cifra de 104 títulos. Del mismo modo, supera holgadamente la librería del acomodado inquisidor Andrés Gasco, compañero de coro de nuestro hombre, que a pesar de su opulencia sólo deja al morir, y no es poco para entonces, 273 libros; eso sí, muchos de ellos valiosísimos y de difícil adquisición. Pero también el Dr. Constantino —como indica Wagner (págs. 24 y 25)— gastó una fortuna en libros, comprados no sólo en Sevilla y Alcalá —de donde se trajo los que poseía al aposentarse aquí—, sino también en los Países Bajos, Alemania e Italia, lugares que recorrió formando parte del séquito del príncipe Felipe, del que fue predicador. Su afición bibliófila encontraría en esas tierras, y también en Portugal, que visitó en varias ocasiones, los títulos imposibles de localizar, por causas obvias, en el comercio librero sevillano, a pesar de ser tan floreciente en aquellos años.

Afirma Klaus Wagner que Constantino “raras veces parece haber adquirido libros por puro capricho” (pág. 25), y luego una primera lectura del inventario avala esta opinión. Estamos ante la biblioteca de un “humanista cristiano” que, a pesar de su riqueza e incluso variedad, es altamente especializada en sus afanes y preocupaciones religiosas y de predicación y catequesis.

(5) En nota 5, pág. 13 de su libro, Wagner da cumplida cuenta de la bibliografía sobre las obras y la labor de Constantino; de ella, como más asequible y fundamental, destaco las magistrales páginas que a este dedica Marcel Bataillon, *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, México-Buenos Aires, 1966, 2.^a ed., págs. 522-545 y *passim*.

(6) Cfr. M. Chevalier, *ob cit.*, págs. 31-37.

Como era de esperar, la primacía de estos fondos de la biblioteca la tienen los textos bíblicos, teológicos y religiosos en general. Las bibliotecas de los clérigos hasta ahora inventariadas — quizá con la excepción de la del inquisidor Gasco, más heterogénea — contiene básicamente libros de devoción y teología y textos bíblicos. En el caso de Constantino, como en el de su compañero Vargas, con la diferencia numérica que ya se ha señalado, me parece relevante llamar la atención una vez más, como lo hace el autor (págs. 27-28), en el lugar primordial que, en número y calidad, tienen en ambas librerías las Sagradas Escrituras, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. Y esto, sobre todo, por dos razones: una, Constantino tiene a su cargo la Cátedra Pública de Sagrada Escritura en la Casa de los Niños de la Doctrina (pág. 28); otra, a mi modo de ver por su formación en las aulas complutenses, trampolín de las doctrinas erasmianas: la Biblia, su estudio y exégesis debió figurar en primer lugar en las inquietudes religiosas e intelectuales de estos hombres. Esta segunda razón aclararía también que “en cuanto al Nuevo Testamento, se perfila claramente una orientación paulina en la contemplación del mismo, orientación que se plasma con nitidez en las obras que escribió” (pág. 28). Y ya sabemos la predilección de Erasmo y de sus adeptos por el Nuevo Testamento, y cómo el paulinismo erasmiano fue lo que atrajo en España a los desperdigados conversos —y eso que a Erasmo no le gustaban los judíos— que encontraron precisamente en esta orientación doctrinal y en esta línea interpretativa de los textos sagrados una de las razones más convincentes para situarse bajo el movimiento erasmista, hasta hacerlo suyo, como así ocurrió en muchísimos casos, Constantino, no lo olvidemos, era cristiano nuevo. “Es, sin duda —como escribe M. Bataillon—, la personalidad más vigorosa que dieron los conversos a la Iglesia de España en la época del Emperador” (7). Y, a la inversa, también es sabido “cómo todas las inquietudes innovadoras en torno al erasmismo y al iluminismo solían ser abrumadoramente promovidas por cristianos nuevos” (8).

Los libros del roterodamense —como no podía ser menos— son abundantes en la biblioteca de Constantino, y destaco, sobre

(7) *ob cit.*, pág. 523.

(8) Francisco Márquez Villanueva, *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, Madrid, 1968, pág. 105.

todo, "las Obras de Erasmo en quinze cuerpos grandes" (9). También en la biblioteca del Dr. Vargas hay varias obras de Erasmo, y de marcado carácter erasmista son las colecciones de Gil de Fuentes y Alonso de Escobar (10).

Por otro lado, Erasmo, mentor del humanismo cristiano, orientó su sólida formación filológica al servicio del conocimiento e interpretación de los textos sagrados y de la patrística. Esto fue lo que se llevó a la práctica en las aulas y círculos complutenses, y explica —estoy de acuerdo con el Prof. Wagner (pág. 29)— el número sobrado de gramáticas de distintas lenguas —clásicas, modernas y hebreo— y de los correspondientes diccionarios que se registran en el inventario. Lo mismo ocurre en la biblioteca del Dr. Vargas, que, por cierto, poseía entre sus títulos la costosa *Biblia Poliglota Complutense* y su *Vocabulario* (11).

Estamos, pues, ante el caso de los humanistas que, en la línea erasmiana, aplican sus saberes lingüísticos y filológicos a la mejor y más garantizada comprensión del texto bíblico, y sobre todo nuevotestamentario. Y que esta cultura era sólida en este campo lo asegura las muchas obras de autores de la Antigüedad clásica que debió de leer Constantino: Platón, Asitóteles, Cicerón, Plinio, Tito Livio, etc. (pág. 35).

Conviene también hacer alguna reflexión sobre la falta absoluta de libros de creación literaria y de entretenimiento en castellano, aspecto, en cierto modo, esperable. Y esto por varios motivos: según los inventarios de bibliotecas particulares de los Siglos de Oro, hasta ahora publicados —poquísimos en comparación con los de otros países europeo— se evidencia una alarmante falta de interés por los libros de ficción y entretenimiento. M. Chevalier, en su precioso libro, señala que "de lo poco que sabemos podemos concluir que los mercaderes, comerciantes y artesanos no forman, en España por lo menos, buena

(9) Es el asiento 359. K. Wagner, acertadamente, aclara que "Debe haber un error del escribano, pues no se conoce ninguna edición de las obras de Erasmo en 15 volúmenes. Las *Omnia Opera Desiderii Erasmi cum praefatione Beati Rhemani*, Basilea, H. Froben y N. Episcopius, 1540, 2.º, consta de 9 tomos" (pág. 68, nota 32).

(10) K. Wagner, "Los maestros Gil de Fuentes y Alonso de Escobar...", art. cit., pág. 244.

(11) K. Wagner, "La biblioteca del Dr. Vargas...", art. cit., pág. 318, asientos 2 y 7.

clientela de literatura de ficción. Tampoco compran muchos libros los clérigos" (12). A pesar de todo, es chocante que clérigo tan culto como Constantino, y con una biblioteca tan enorme, apenas si tuviera algún libro de literatura contemporánea en castellano: la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, los *Refranes o proverbios* de Hernán Núñez, y un libro de A. de Guevara probablemente *La Segunda parte del libro llamado Monte Calvario* (pág. 35), que no son, por cierto, libros de entretenimiento. De ellos, el primero es obra de un conocido erasmista sevillano, y que se publicó varias veces en las prensas sevillanas durante la época que nos ocupa (13). Y en cuanto al segundo, ¿por qué no decir que no nos sorprende encontrarlo en la biblioteca del Dr. Constantino? Nadie más que Erasmo reforzó esta tradición española de los proverbios, y su círculo demostró un acentuado interés por esta clase de dichos sentenciosos, colecciones paremiológicas y máximas y adagios. La colección del Comendador Griego que poseía nuestro canónigo es una prueba de este impulso humanista por los refranes y proverbios tradicionales (14).

Pero, no nos apartemos de nuestro camino, no hay nada de poesía en romance —ni siquiera un Garcilaso, como el que poseía Andrés Gasco (15), y que tanto se leía entonces publicado ya separado de Boscán. Nada de *Lazarillos* ni de libros de caballerías, a pesar de que el *Amadís* se editara tantas veces en Sevilla en la primera mitad del XVI (16). Pero, como digo, no podía esperarse otra cosa en los círculos humanistas sevillanos influidos por las corrientes erasmistas, entre los que se propagó una crítica seria y sistemática, primero a los libros de caballerías y luego extendida al resto de la literatura de ficción, como ha estudiado M. Bataillon en su *magnum opus* (17). La *devotio moderna* inclinó desde pronto a los reformadores a una austeridad que debía, como así fue, reflejarse en la práctica

(12) *Ob. cit.*, pág. 28.

(13) Cfr., simplemente, Aurora Domínguez Guzmán, *El libro sevillano durante la primera mitad del siglo XVI*, Sevilla, 1975, n.º 482, 484, 501, 548.

(14) Cfr. M. Bataillon, *ob. cit.*, págs. 626 y sigte. También la *Silva* de Pedro Mexía contiene abundantes refranes, sentencias y apotegmas.

(15) K. Wagner, "Lecturas... del inquisidor Andrés Gasco", art. cit., pág. 172, asiento 233.

(16) Cfr. Aurora Domínguez, *ob. cit.*, en numerosos asientos. Véase el índice de este libro, pág. 325.

(17) Cfr. *ob. cit.*, cap. XII, págs. 609-698.

en la supresión de la difusión y lectura de estas obras consideradas de mero pasatiempo, actitud que Erasmo asumió y propagó a sus seguidores. Esto lo ha visto muy bien Klaus Wagner (pág. 36), lo mismo que en esta actitud de generalizado rechazo hubo pocas excepciones, y una de ellas, la más notable quizá, fue el *Heliodoro*. La *Historia etiópica de Teágenes y Cariclea* es novela moral y gozó de gran prestigio, y se difundió primero en las lenguas clásicas, por lo que solo pudo ser gustada por los más cultos que dominaban estas lenguas. En la biblioteca de Constantino figuraba el "libro que se dize (H)eliodorum [sic] *Etiopice ystorie (libri decem)*" (pág. 79, n. 507), probablemente en la versión latina del polaco Estanislao Warszewiczki, texto que se difundió en España hasta la primera traducción castellana de "desconocido autor" (Amberes, 1554) y la más leída de Fernando de Mena (Alcalá de Henares, 1587) (18). Además, la *Historia etiópica* es libro difundido por los años de 1530, a partir de los centros universitarios de Alcalá, y el primero que se ocupó de su traducción al castellano fue Francisco de Vargas, otro insigne cristiano nuevo como nuestro Constantino.

En otro orden de cosas, destaca K. Wagner (pág. 36) las aficiones del predicador sevillano por las matemáticas, la astrología y la cosmografía, y "su curiosidad por conocer pueblos y tierras extrañas y exóticas... el especial interés por el turco" tan obligadamente de moda por aquellas fechas. En este sentido, el libro de Paulo Giovio, del asiento 821 ¿no será los *Commentarii delle cose de Turchi*, publicado en Roma, Vaticano, 1538, tan conocido también por el autor del *Viaje de Turquía*, lo mismo que la obra de Menavino, asiento 725?

En la biblioteca de Constantino requisada por la Inquisición sorprendentemente no hay libros heréticos. "Tratándose del doctor Constantino —escribe Wagner— surge de forma obligada la pregunta por la literatura herética y su posible repercusión entre sus libros. Nos sorprende tener que comprobar que, aparte de unas pocas obras que podrían considerarse peligrosas en su totalidad o sospechosas en parte, por contener algunos pasajes de aparente heterodoxia, no encontramos apenas

(18) Véase para todo esto el Prólogo de Francisco López Estrada, págs. VII-XVII, de su edición de la *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea*, Madrid, 1954.

(19) *Ob. cit.*, pág. 528 y nota 19.

ningún libro abierta y marcadamente herético, al menos no de una forma concluyente" (pág. 32), y más adelante: "Faltan, sin embargo, las grandes y decisivas obras de los reformadores de cualquier tendencia" (pág. 33). Surge ahora la pregunta, que el autor se hace, de si "hubo libros ocultados", hipótesis que admitía como posible M. Bataillon (19), interpretando y aceptando como verosímil la noticia, —mejor, leyenda—, de que Isabel Martínez, viuda piadosa y honesta, devota de nuestro predicador, tuviera escondidos —tapiados— en su casa varios libros peligrosos de Constantino. Nos seduce la hipótesis del hispanista francés y la aceptamos con cautela.

A pesar de que el subtítulo del libro que ha motivado estas consideraciones o glosas, es *el hombre y su biblioteca*, K. Wagner no ha hecho gratuitas —y peligrosas— concesiones a la fantasía, pretendiendo dejar fijada la personalidad del Dr. Constantino por la nómina de los libros que poseía al morir, y por algunos de sus enseres y cacharros. Por supuesto que estas no serían sus únicas lecturas, y que algún libro de literatura profana y entretenimiento tuvo que haber leído, y no pocos. Como muy juiciosamente avisa M. Chevalier (20), no nos hemos dejado deslumbrar, pero algo hemos ido sacando, de la mano de K. Wagner, de estas frías listas de títulos mutilados y de sus bienes inventariados. Y de alguna manera, vamos rescatando del fondo oscuro de los años, con el mejor conocimiento de sus lecturas, gustos y afanes, parte de su perseguida y atosigada vida.

El estudio de la biblioteca que hace K. Wagner, y que hemos glosado aquí, no nos puede llevar a conclusiones definitivas sobre el sentido último y el signo del movimiento en que se sitúa la espiritualidad de Constantino. Esto lo reconoce el autor que, con mucha prudencia, indica que para llevar a cabo estas conclusiones hay que entrar en el terreno difícil de la teología, de la catequesis y de la literatura religiosa del siglo XVI, penetrar, en profundidad, en el estudio de la obra escrita por el canónigo sevillano, para determinar hasta qué punto y en qué medida estos libros que se ordenan en su biblioteca pudieron influir en sus propios escritos y aclarar de este modo hasta dónde llegó la influencia de esas presuntas lecturas. Este libro de K. Wagner, evidentemente, no se ha propuesto tales metas.

(20) *Ob. cit.*, págs. 47-48.

Por lo que hemos podido deducir, con suma cautela desde luego, para nosotros queda claro, con los datos manejados, que frente a la opinión de Schäfer (21) que colocó el marbete de luterano a Constantino y al movimiento sevillano que encabezó, se nos confirma la de M. Bataillon, que lo sitúa entre los erasmistas. Como están hasta ahora los estudios en este campo —y la reciente tesis de W. B. Jones (22) va por ese camino— nos parece evidente que el erasmismo —insistimos en un erasmismo acogido por los cristianos nuevos en España— está en la base del movimiento sevillano y de la ideología de Constantino.

Hace unos años, José C. Nieto, en un estudio ejemplar (23) ha situado a Constantino en la línea valdesiana con razones, sin duda, de peso: para este estudioso Valdés es, en el siglo XVI, el iniciador, tanto en España como en Italia, de la instrucción catequística basada en el tema de la salvación de la historia bíblica. Valdés fue el inspirador de los movimientos reformistas heterodoxos que unos calificaron de erasmistas y otros de luteranos, cuando existía otra fuerza religiosa que no debe ser identificada con ninguna de estas dos tendencias, sino que ha de ser considerada como movimiento autóctono español dentro de la reforma religiosa del XVI: nos referimos al foco de los alumbrados. A partir de la obra de Valdés se inicia un tipo de instrucción religiosa y una clase de literatura catequística con su *Diálogo de doctrina cristiana*, cuyo espíritu sigue, según Nieto, Constantino en su catecismo *Suma de doctrina cristiana* (1544), del mismo modo que en sus escritos se refleja la doctrina de la justificación por la fe, también de inspiración valdesiana.

No podemos entrar en estas breves páginas en el comentario de tan atractiva tesis, pero creemos que la influencia valdesiana,

(21) Ernst H. Schäfer, *Beiträge zur Geschichte des spanischen Protestantismus und der Inquisition im sechzehnten Jahrhundert, nach den Originalakten in Madrid und Simancas bearbeitet*, Gütersloh, 1902, 3 vols., vol. II, págs. 354 y sigte.

(22) William B. Jones, *Constantino Ponce de la Fuente: The Problem of Protestant Influence in Sixteenth-Century Spain*, tesis presentada en 1965 en Vanderbilt University, Ph. D.

(23) José C. Nieto, *Juan de Valdés y los orígenes de la Reforma en España e Italia*, México-Madrid-Buenos Aires, 1979 (la primera edición en inglés apareció en Genève, 1970), págs. 197, 499, 560, 562, 614-616, *passim*.

demostrada en el libro de Nieto, no invalida en modo alguno la primera y básica orientación erasmiana en que se sitúa Constantino, aunque matizada, a partir de ahora, y enriquecida desde otra perspectiva en que la sitúa este estudioso.

Pedro M. PIÑERO RAMIREZ

Hace unos años José C. Nieto, en un estudio ejemplar (23), ha situado a Constantino en la línea valdesiana con razones sin duda de peso: para este estudioso Valdes es, en el siglo XVI, el iniciador tanto en España como en Italia, de la instrucción catequética basada en el tema de la salvación de la historia bíblica. Valdes fue el inspirador de los movimientos reformistas heterodoxos que unos calificaron de erasmistas y otros de luteranos, cuando existía otra fuerza religiosa que no debe ser identificada con ninguna de estas dos tendencias, sino que ha de ser considerada como movimiento autónomo español dentro de la reforma religiosa del XVI: nos referimos al foco de los albigenses. A partir de la obra de Valdes se inicia un tipo de instrucción religiosa, una clase de literatura catequética con su Diálogo de doctrina cristiana cuyo espíritu sigue, según Nieto, Constantino en su catecismo. Fuera de doctrina cristiana (1544) del mismo modo que en sus escritos se refleja la doctrina de la justificación por la fe, también de inspiración valdesiana. No podemos entrar en estas breves páginas en el comentario de tan atractiva tesis, pero creemos que la influencia valdesiana

(23) José C. Nieto, *El Diálogo de doctrina cristiana de Constantino de Soto*, en *Estudios de historia religiosa*, vol. II, págs. 351 y siguientes. Madrid: Editorial Castalia, 1967. 3 vols. 351 y siguientes. (24) William B. Jones, *Constantine of Soto: The Problem of Protestant Influence in Sixteenth-Century Spain*, presentada en 1965 en *North American Review of the History of Ideas*, Ph. D. (25) José C. Nieto, *Juan de Valdes y los orígenes de la Reforma en España*, Madrid: Alianza, 1972. La primera edición en inglés apareció en Ginebra, 1970, págs. 197, 409, 563, 614-615, 701.